

ESTUDIOS

LA EXPANSION SECULAR DE LA ECONOMIA

SUMARIO: I. *Expansión durante el último siglo en los fenómenos de producción.—El caso de Inglaterra y su aplicación a los demás países.—II. La expansión en los fenómenos de reparto.—Mentis a Ricardo en lo que respecta a la renta de la tierra.—Crecimiento absoluto en las remuneraciones del capital y del trabajo, pero estabilidad en el tanto por ciento de participación del uno respecto del otro.—III. Explicaciones probables del frenazo logístico en el crecimiento durante los últimos decenios: cambio de ritmo en el aumento de población; proporción de poblaciones activas; población agrícola; diferente reparto de las actividades profesionales.—¿«Madurez y estancamiento», o exaltación de los valores de la «nueva era» del automatismo y la energía atómica?*

No cabe duda de que la excesiva proximidad *espacial* de los objetos tiende a aumentar falazmente sus dimensiones. Quien pretendiera medir la altura de un edificio adosando su frente a la pared que emerge de los cimientos tendría la impresión de que la longitud de la fachada era infinita.

Algo análogo ocurre con la proximidad *temporal* de los acontecimientos, que exagera ficticiamente su magnitud.

Por lo mismo, no será del todo inútil el trazar, en rápido esbozo, la última expansión secular de la economía. Quizá logremos con ello el dar a muchas de nuestras actuales preocupaciones sociales más adecuada perspectiva.

* * *

El año 1750 marca un hito diferenciador en el desarrollo económico de la humanidad. El maquinismo industrial cambió la faz del mundo. En verdad, no se trata tan sólo de una *evolución*, sino de una auténtica *revolución*.

No podemos entrar en detalles sobre la marcha de la coyuntura en tiempos precedentes. Baste con insinuar cómo después del apogeo y esplendor económico de los primeros tiempos del Imperio Romano, a partir de Nerón y hasta la Edad Media, la Economía mundial presentó más bien una gran fase de regresión, desembocando al fin en largos siglos de estancamiento y quietud con las inevitables oscilaciones en torno a un bajo nivel medio.

En cambio, posteriormente a la revolución industrial, si algo llama la atención del observador estadístico es el alza vigorosa, el crecimiento gigantesco de todas las series estudiadas.

Vamos, pues, a estudiar con mayor detalle el fenómeno de la última expansión secular de la economía.

Tres apartados comprenderá nuestro artículo:

1. *La expansión en los fenómenos de producción.*
2. *La expansión en los fenómenos de la distribución.*
3. *Explicaciones probables del frenazo logístico.*

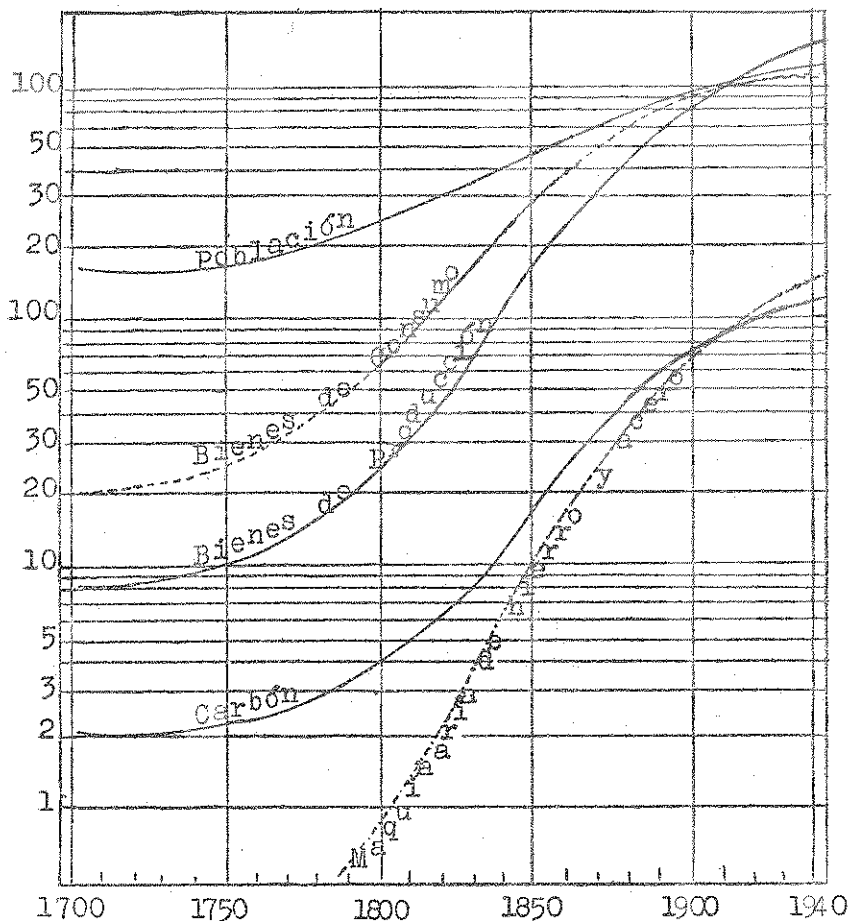
I.—LA EXPANSIÓN SECULAR EN LOS FENÓMENOS DE PRODUCCIÓN

Comenzaremos por el análisis de los datos estadísticos relativos a Inglaterra, ya que esta nación fué la cuna de la revolución industrial y en la que, por lo mismo, los efectos de la expansión secular serán más visibles.

El hecho más curioso es que los datos estadísticos quedan siempre mejor cubiertos, precisamente, por una curva logística, ascendente en su primera mitad a ritmo creciente, ascendente en su segundo tramo a ritmo decreciente. Es decir, que el frenazo logístico es aparente a simple vista.

Y esto para todas las series estudiadas: población, bienes de consumo, bienes de producción; bienes particulares: acero, carbón, hilados de algodón, etc.

Reproducimos el magnífico cuadro presentado por nuestro profesor L. H. Dupriez: «Des Mouvements Généraux», t. I, pág. 229.



«LA EXPANSIÓN SECULAR EN INGLATERRA: 1700-1940»

1913 = 100

El simple examen del gráfico es aleccionador.

Vemos que la curva de la población es mucho más plana que las otras. La de bienes de consumo tiene un ritmo mucho más rápido de crecimiento, lo que, por lo menos para ese largo período de tiempo, *desmiente los miedos malthusianos*. A su vez, incitada por la presión de los bienes de consumo, la curva de bienes de producción comienza más abajo y acaba en límites superiores, lo que implica mayor crecimiento y mayor ritmo de expansión; es

la secuela forzosa de la mecanización industrial, de la introducción en el proceso productivo de métodos indirectos de producción.

Si la serie del carbón presenta la característica forma logística, vemos, en cambio, cómo en los primeros momentos a la del acero se le adaptaría mejor una franca exponencial; tan sólo muy al fin se deja sentir el frenazo logístico. El hecho no hace sino patentizar el uso más reciente, pero en gran escala, del hierro y del acero en la industrialización de la economía.

Dentro de esta marcha global, parece se pueden distinguir tres períodos diferentes:

1. De 1700 a 1745 aumentan más los bienes de consumo que la población, mientras los bienes de producción se mantienen estacionados.
2. Un largo período de crecimiento, hasta 1900, más rápido para unas series que para otras, como hemos indicado, con los máximos en los años siguientes: para la población, en 1815; para los bienes de consumo, en 1830; para los bienes de producción, en 1845.
3. Un período, que se inicia ya antes de 1914, de franco frenazo y contracción en la expansión secular, y que la guerra primera europea no hará sino acentuar.

El caso de Inglaterra es ejemplar en el sentido de que sirve como de modelo a la expansión de todos los otros países.

Los *países europeos* llegaron un poco más tarde a la era industrial. Fué necesario el bloqueo de Inglaterra, impuesto por Napoleón, para que el continente pensara en abastecerse a sí mismo en maquinaria y medios pesados de producción. Bélgica comienza ya desde 1822, y sobre todo una vez lograda en 1830, su independencia. Alemania viene más tarde, en 1850, pero podrá aprovechar las lecciones de los demás y despegar con mayor impulso. Estos comienzos más tardíos hacen que los frenos logísticos no sean tan acusados para estos países como para las series de Inglaterra.

Los *países nuevos*, sobre todo americanos del norte, entran también más retardados en la era industrial. La inmensidad de sus territorios, la abundancia de sus recursos naturales, explican fácilmente el auge vigoroso de sus comienzos: aumentan fabulosamente tanto la población como la producción; quizá la explotación de la naturaleza no es tan racional, se malgasta demasiado. De ahí también que, a medida que avancen en la industrialización y queden menos «oestes» por conquistar, un cierto frenazo se deba dejar sentir; el ritmo de expansión dependerá ya más del progreso técnico que de la facilidad de echar mano a recursos inexplorados. Lo ocurrido en Norteamérica está sucediendo en otros países nuevos; claro es que a ritmos más acelerados.

Para el *mundo en su conjunto*, el fenómeno de la expansión es más continuado que para un país en particular. La cosa no tiene ningún misterio, pues se puede afirmar que la industrialización del mundo, de gran parte de él, está todavía comenzando: muchos países están en plena expansión: Rusia, España, Brasil, Venezuela, etc. Además, cada día se descubren nue-

vos productos y procedimientos que vienen a asociarse a los antiguos. De ahí que todavía la adición de las series nacionales, de las diversas logísticas particulares, dé una franca exponencial para las series mundiales. Es cierto que aparecen ciertos frenazos y desplazamientos, pero, entre períodos diversos, las exponenciales cubren bien las series estudiadas.

Entre todos los desplazamientos, el más acusado es el marcado por la primera guerra mundial europea, que quiebra significativamente la tendencia exponencial de las series. Lo prueba patentemente el siguiente cuadro, presentado por Dupriez: *Ib.*, t. I, pág. 254.

Porcentajes anuales de crecimiento en las líneas exponenciales de tendencia

	Antes de 1913		Después de 1913	
Hulla	1865-1914	4,22 %	1920-1938	0,32 %
Fundición	1881-1913	4,56 %	1913-1938	1,04 %
Estaño	1881-1913	3,52 %	1913-1938	1,19 %
Plomo	1880-1913	3,58 %	1913-1938	1,68 %
Cobre	1880-1913	5,90 %	1913-1938	2,56 %
Zinc	1881-1913	4,22 %	1913-1938	2,62 %
Aluminio	1890-1913	25,80 %	1913-1938	5,70 %
Petróleo	1860-1894	13,60 %	1890-1939	13,60 %

La ruptura es manifiesta. Fijándose con atención se observa la progresiva sustitución del carbón por otras fuentes de energía; el petróleo en concreto; la electricidad, que hace necesario el cobre. El aluminio ha sido metal reciente y de gran aplicación industrial.

Para terminar este primer apartado del capítulo digamos algo más peculiar sobre *la agricultura*.

Es patente que en la agricultura, más que en la industria, se pueden interponer los rendimientos decrecientes. Esto hace que la producción agrícola no pueda aumentar con el ritmo de la industrial. Además, en la producción agrícola, al menos para países determinados, es más fácil llegar al límite de saciedad y a los cupos excedentarios. De aquí que el proceso agrícola de expansión implique *dos fases*: una *primera*, en que la expansión se opera en aumento de *cantidades* producidas; una *segunda* fase, en que el progreso se resuelve en mejora de la *calidad* de los productos y de los regímenes alimenticios de la población: los cereales básicos y las féculas ceden el paso a las verduras, frutas y productos animales. En conjunto la agricultura creció al ritmo del 2,6 por 100 anual de 1865-1913; del 1,47 por 100 de 1913 al 39.

En los países más pequeños, Inglaterra, Bélgica, por ejemplo, la presión de la población hizo forzosa una industrialización más potente, junto con un *cultivo intensivo* de los campos. Estos países pudieron satisfacer sus necesi-

dades alimenticias gracias al intercambio de sus productos industriales por los artículos llamados «coloniales» o «ultramarinos».

En este punto, el papel desempeñado por la facilitación de los transportes internacionales, marítimos y ferroviarios fué considerable, al permitir tanto el aprovisionamiento de materias primas industriales y de productos alimenticios como la exportación de los artículos manufacturados a otros países.

II.—LA EXPANSIÓN SECULAR EN LOS FENÓMENOS DEL REPARTO

El análisis anterior nos mostró que la producción aumentó más rápidamente que la población.

Esto nos lleva a preguntarnos: *¿cómo se operó el reparto de lo producido?*

Problema interesante, pero que debemos circunscribir.

Nuestro enfoque debe ser limitado, porque no podemos investigar sociológicamente el fenómeno de la *distribución personal* en los diversos países. Hemos de contentarnos con esbozar la *distribución funcional*, o sea el reparto entre los diversos agentes de la producción: tierra, trabajo y capital.

Aun así circunscrito, el problema presenta dos caras:

1. Ver cómo se operó la expansión: *si en un aumento del número de participantes o en un aumento del monto de la participación media.*

A diferencia del punto de vista estático, el enfoque debe ser dinámico. No se trata de repartir una producción *dada* entre factores *determinados* de producción. La expansión ha podido simplemente multiplicar el número de participantes o traducirse además en un incremento o mejora de la participación unitaria. La elevación del nivel de vida va asociada a esta segunda posibilidad.

2. Se puede también examinar si, *comparativamente*, fué mejorando la parte correspondiente a uno de los factores; es decir, si el porcentaje de participación en la renta total fué aumentando para un factor con detrimento de los otros. Verbi gracia: si la parte proporcional del trabajo creció a expensas de la parte correspondiente al capital, o viceversa.

Esta distribución proporcional puede, en parte, depender de la voluntad y acción de los hombres. En efecto, el marginalismo nos enseña que la distribución está regida por la abundancia y escasez *relativa* con que unos factores se combinan con otros, lo que hace variar su respectiva productividad marginal, canon de la remuneración ideal. Ahora bien: el hombre ha podido alterar la relación de abundancia o escasez; por ejemplo, mediante una acrecida acumulación del factor Capital.

Examinemos, claro está que con brevedad, la respuesta dada por la historia a estas cuestiones.

La renta de la tierra.

Con anterioridad a la revolución industrial la tierra era el eje de la Economía. Su magnitud aparecía como inextensible. Sus cualidades, dadas por la naturaleza.

La teoría de su remuneración estuvo siempre impregnada del pesimismo de las doctrinas clásicas, basadas en la superpoblación del globo. La escasez de las tierras sería notoriamente creciente; por lo tanto, *las rentas irían aumentando progresivamente.*

Ricardo sostenía además que las tierras serían sometidas a cultivos según el orden decreciente de su productividad: primero, las fértiles; luego, las menos feraces.

Pocas teorías recibieron mayor mentís de la historia.

La renta ha sido remuneración no tanto de las cualidades naturales de la tierra cuanto de las que el hombre le ha conferido. Las mayores rentas, aun en los campos de cultivo, las han percibido los *terrenos colonizados.*

Las «*rentas de posición*», las más elevadas, se han debido a escaseces locales, provocadas por la mayor o menor densidad de población en torno al centro de las grandes ciudades.

Las tierras no fueron puestas en servicio según el orden de su productividad agrícola. La penetración geográfica de los continentes siguió otros impulsos y cauces, institucionales y políticos; estuvo siempre supeditada a las vías de comunicación y transporte.

Esta penetración sucesiva desvirtuó la lógica clásica. Aunque topográficamente la tierra fuera desde un principio inextensible, económicamente no lo ha sido; fué conquistada paulatinamente; al igual que los otros factores, ha podido, prácticamente, multiplicarse.

De ahí que en ocasiones las rentas, lejos de aumentar, disminuyeran, y aun tuvieran que protegerse con subidas barreras arancelarias, como en el caso de la agricultura europea, que sucumbía bajo el peso de la nueva producción americana.

Por lo que respecta al *subsuelo*, es fácil tropezar con los rendimientos decrecientes —agotamiento de minas y pozos—, pero la respuesta histórica ha sido la de combatir los costos crecientes de explotación con nuevas prospecciones y hallazgo de nuevas fuentes de energía. Un freno al crecimiento de la renta de los yacimientos mejor dotados es la aparición de materias primas artificiales, de productos obtenidos sintéticamente.

Bajo el *segundo punto de vista*, la tónica del progreso ha sido la de asociar más y más capital por cada unidad de tierra, lo que tiende a aumentar la productividad marginal de ésta. Pero, contrariamente a lo que opinaban los clásicos, nada prueba que la parte proporcional aferente a los propietarios de la tierra en el reparto total haya aumentado con la expansión secular, por lo menos hasta el presente.

La remuneración del capital.

Los clásicos sostenían con respecto al capital la tendencia a la baja en la tasa del beneficio. El razonamiento marginalista confirma esta apreciación, ya que al ampliarse la dotación de capital, éste debe dirigirse cada vez hacia empleos menos productivos, hasta que en el límite estático, con un *interés nulo*, cede el deseo de acumulación. Ello equivale a sostener que el límite a la acumulación viene impuesto por la falta de ocasión a las inversiones rentables.

Sin embargo, se puede afirmar que el hombre ha ensanchado el campo de la posible inversión mediante el progreso técnico y las nuevas formas de organización industrial. La razón capital/trabajo ha variado con aumento del numerador. Se ha querido asociar más y más capital con menos trabajo —para hacer a éste más productivo—, pero ello ha hecho necesaria una acumulación creciente de bienes capitales, lo que ha mantenido su *continua demanda* y, por lo mismo, su remuneración. Y nadie dice que se haya de llegar a límites de interés nulo. Pero, por otro lado, como los bienes capitales, y prácticamente el dinero, son bienes reproducibles, la expansión puede resolverse por un aumento de las cantidades, con oscilación de la remuneración en torno a niveles medios del tipo de interés ¹.

Aunque esa progresiva acumulación de capital ha influido en la mayor remuneración *absoluta* del trabajo, parece, sin embargo, que la parte proporcional que el capital ha absorbido para sí ha ido creciendo con el tiempo, por el hecho de que su remuneración unitaria disminuía proporcionalmente menos de lo que aumentaba su cantidad. Los bienes capitales se han sustituido tan fácilmente a los otros factores de producción que su elasticidad ha aparecido como mayor que la unidad: aumentaba más la cantidad con derecho a remuneración de lo que proporcionalmente disminuía el precio o interés.

La remuneración del trabajo.

La teoría clásica suponía que la incidencia de la expansión se había forzosamente de reflejar en un aumento de la masa de trabajadores, justamente con la tendencia oscilatoria del salario en torno al mínimo de subsistencia.

Que en épocas determinadas, para algunos países, la realidad no haya distado demasiado de semejante caricatura es cierto y *lamentable*.

Pero, como tesis general, esa pintura ha sido desdibujada por la historia.

¹ Una de las grandes lecciones de la historia es el diferente comportamiento del capital y su remuneración en los países pre-capitalistas o menos avanzados; no existen hábitos de ahorro, no abundan las fortunas móviles, faltan las instituciones bancarias adecuadas, el capital no encuentra dónde emplearse *seguro* y lucrativamente. De aquí los elevados tipos de interés.

En los países más avanzados industrialmente aumentó la población y a la vez la remuneración unitaria: el nivel de salarios.

Ello se debió, en primer término, a la elevación física o fisiológica —progresos de la higiene y medicina— y al progreso cultural de las clases trabajadoras. No cabe duda de que el obrero moderno está mejor preparado y, por lo mismo, es más eficiente y digno de mejor remuneración.

Con todo, la causa principal que ha hecho posible la mejora de la remuneración obrera ha sido la creciente acumulación de capital con que se le ha dotado. Compárense los instrumentos de trabajo antiguos —el pico y la pala— con los equipos modernos —perforadoras, tractores, etc.—, y se palpará la enorme diferencia de productividad obrera.

Si en los albores del capitalismo las clases obreras sufrieron con paciencia los abusos, quizá fué porque habían salido de una situación previa más desastrosa. Los primeros obreros industriales fueron muchas veces los mendigos vagabundos, los pobres anteriormente socorridos por la caridad pública. La miseria preexistente fué la que facilitó los abusos del naciente capitalismo.

No estará de más advertir que en vastas regiones del mundo el capitalismo inicia ahora sus progresos; que existen todavía zonas de negra miseria. Procuremos que no se repita la historia y sigan facilitándose los abusos.

El *segundo aspecto* que debemos considerar, el del reparto proporcional a lo largo del tiempo, merecería más completo análisis. No es fácil dilucidar la cuestión de si la parte relativa del trabajo ha ido aumentando o disminuyendo. Los datos estadísticos son de tan dispar procedencia, quedan sometidos a tantas manipulaciones, que con frecuencia se hace decir a las cifras lo que el investigador quiere.

Hecha esta salvedad, parecen concordar los autores en lo siguiente: la participación relativa del trabajo, comparada con el capital, se ha mantenido más bien estable. Es decir, que el porcentaje que en la renta nacional ha correspondido a las masas trabajadoras ha sido constante, no obstante las sensibles mejoras en el nivel absoluto de vida. Esa constancia no impide que a lo largo del ciclo económico se den fluctuaciones, con ligeros aumentos de la participación obrera, precisamente en los momentos de depresión².

La remuneración del empresario.

Desearíamos escribir un artículo especial sobre este tema, al parecer tan delicado y sugestivo. Por hoy adelantamos que ha sido, sin duda, la con-

² Pueden consultarse los manuales de la llamada «Economía Laboral» y casi todos concuerdan en lo mismo. Por ejemplo, LESTER: *Economics of Labor*, Mac-Millan, New York, 1949, pág. 221, afirma: «Si se engloban en una misma partida los salarios, los sueldos y los ingresos de los empresarios individuales y se establece la comparación de estas rentas "ganadas" con la que podríamos llamar participación "pasiva" aferente a la remuneración de la propiedad y de las inversiones, se des-

tinuada «audacia» de los empresarios la que ha hecho posible el progresivo aumento absoluto de todas las otras remuneraciones. Es decir, que los legítimos beneficios empresariales han sido el motor de la expansión secular. De ahí que sea utópico el idear sistemas o regímenes que pretendan matar en germen todo beneficio.

No vamos a añadir por el momento nada más a este respecto.

III.—EXPLICACIONES PROBABLES DEL FRENZO LOGÍSTICO

Se trata ahora de buscar explicación al hecho tan marcadamente acusado por la representación gráfica de que todas las series estadísticas presenten, después del primer auge vigoroso, un punto de inflexión y un frenazo en la marcha de la expansión.

La particularidad de que las series de bienes de producción crecieran más vigorosamente que las de bienes de consumo, y éstas más que las de la población, nos están indicando que no se puede reponer la causa de la expansión, ni la del frenazo consiguiente, en el hombre como mero *consumidor*. El que da la pauta a la evolución económica es el hombre como *productor*.

Más influencia, pues, que el mero volumen de población hay que atribuir a ciertas *variaciones en las estructuras demográficas*.

Y, *primeramente*, el mismo fenómeno del *crecimiento vegetativo y biológico*. Durante los primeros tiempos de la expansión secular resultó fácil el reducir la mortalidad mediante los progresos de la higiene. Sobre todo, la reducción de la mortalidad infantil ejerció un influjo decisivo en el auge de las poblaciones, pues una vida salvada en el primer año supone gran probabilidad de multiplicación posterior. Los cuidados médicos, por otro lado, colaboraron a alargar paulatinamente la esperanza media de vida. Pero como, sin embargo, no podemos dominar la muerte, ni alargar indefinidamente esa misma esperanza de vida, es inevitable que alguna vez se deje sentir el frenazo logístico en el crecimiento vegetativo de la población.

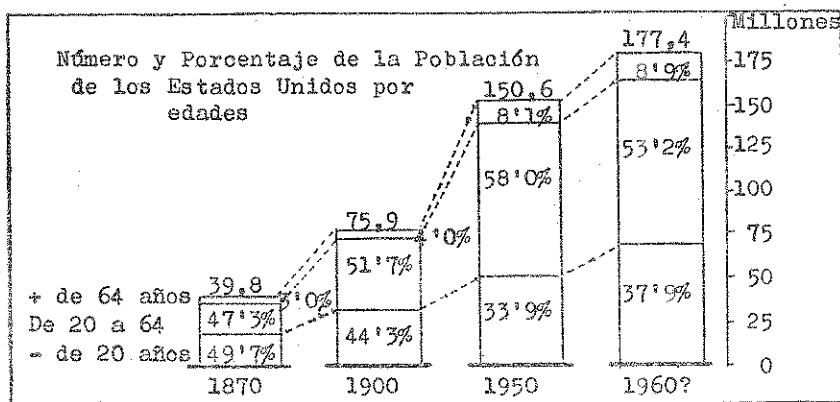
En *segundo lugar* cabe señalar la variación estructural en la *proporción de poblaciones activas*. Este fenómeno es consecuencia del anterior. A medida que se alarga la esperanza media de vida va creciendo el número de adultos, en edad de trabajar, con respecto al de niños, meros consumidores; luego en los primeros momentos se explica el auge o expansión. En cambio, si posteriormente se tiende a rebajar la edad límite para la jubilación o

cubre que prácticamente no ha habido cambio en el porcentaje de ambas participaciones de 1909 a 1929. La participación «pasiva» era de 24,5 por 100 en 1909 y de 24,8 por 100 en 1929.»

Asimismo, BLOOM and NORTHRUP: *Economics of Labor and Industrial Relations*, The Blakiston, Philadelphia, 1950, pág. 66, dicen «Uno de los datos más significativos... es la relativa estabilidad del porcentaje de renta nacional aferente a la masa trabajadora, excepto que en momentos de depresión la participación obrera aumenta substancialmente.»

las pensiones, y por otro lado se alarga la edad escolar, se podrá sentir el frenazo en la actividad económica. (Cfr., por ejemplo, «Economic Forces in the USA», pág. 12.)

Tercero, la proporción entre las poblaciones agrícolas y no agrícolas. El hombre es más eficiente en la industria que en la agricultura. De ahí que si puede ir consagrando cada día más brazos a la industria se explique el primer auge o expansión. El proceso de deserción del campo por el arrabal ciudadano es «fatal». Fatal, como inevitable, exigido por el progreso de la mecanización. Y fatal —lo que contribuye a su vez a explicar el frenazo— porque las ciudades han sido siempre, más bien, el cementerio de las poblaciones. La ciudad mata la vitalidad demográfica. Ello por múltiples influencias, en gran parte soslayables mediante el oportuno planeamiento del urbanismo moderno.

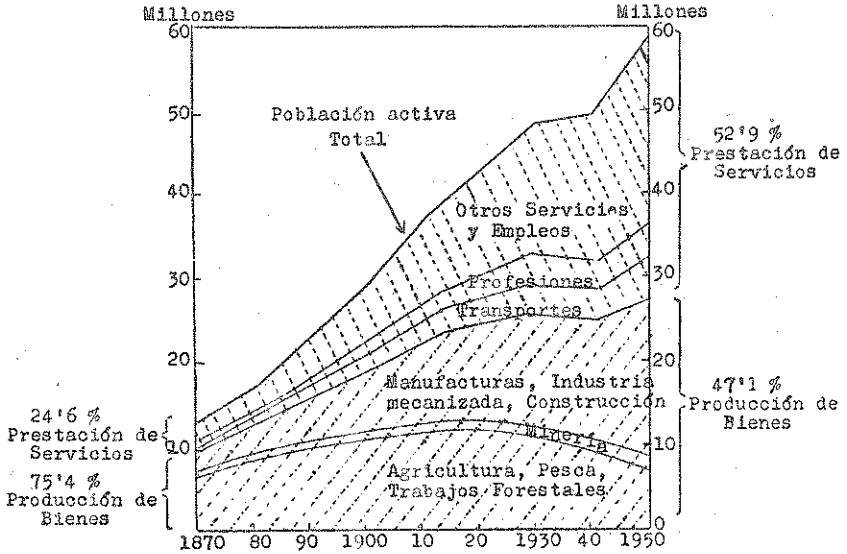


Cuarto, el diferente reparto de las actividades profesionales. Un economista australiano, Colin Clark, al estudiar «Las Condiciones del progreso Económico», hizo la clasificación de los diversos sectores económicos: *Primario*: agricultura e industrias extractivas. *Secundario*: manufacturas. *Terciario*: los servicios. Observó cómo el diverso porcentaje de población consagrado a cada uno de ellos podía ser un indicio del progreso alcanzado por cada país. En las naciones más avanzadas proliferan los servicios y disminuye el porcentaje en el sector primario.

Otro autor francés, J. Fourastié, ligó esa clasificación tripartita a la posibilidad de avance en la técnica. Señala cómo ha habido un corrimiento secular de las antiguas profesiones hacia las nuevas, hacia las industrias de bienes de producción y de consumo en las que el progreso técnico es máximo, lo que explica el primer momento de expansión. Pero como al pre-

sente el corrimiento es hacia la esfera de los servicios, donde el progreso es casi *nulo*, el frenazo logístico no puede menos de intervenir ³.

Reproducimos sin más comentario el interesante cuadro ofrecido por el *desarrollo diferenciado de la población activa en Estados Unidos*. (Cfr. «Economic Forces in the USA», pág. 24.)



La evidencia del frenazo logístico ha llevado a algunos autores a preguntarse si no hemos llegado ya a una era de madurez o estancamiento ⁴.

Alvin Hansen ha sido uno de los paladines de la teoría. Cree que antes de la primera guerra mundial había continentes inexplorados, nuevos recursos, invenciones fulgurantes; en una palabra, posibilidad de nuevas y fructíferas inversiones. Hoy se habrían cegado las fuentes del progreso. El mismo Terborg, que era el oponente, concede que a escala decenal puede haber sobresaltos y sustituciones, nuevas olas de progreso; pero que a escala secular y mundial estamos abocados al estancamiento.

³ COLIN CLARK: *The Conditions of Economic Progress*. Acaba de aparecer una nueva edición revisada, J. FOURASTIÉ: *Le Grand Espoir du XX Siècle, Machiniste et Bien-Etre*, etc. Un excelente resumen de sus ideas lo dió el autor mismo en su contribución: *Les Techniques Créatrices de la Abondance?* a la 39.^a Semana Social Francesa, 1952.

⁴ J. STEINDL: *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, 1952.

Estas tesis nos parecen bastante dudosas. Ya Ch. Rist afirmó que le parecían un recurso desesperado por salvar determinadas posiciones keynesianas: explicar la gran depresión americana de 1930-33 por las tesis del exceso de ahorro, incapaz de encontrar ocasiones de inversión. Se pregunta Rist: ¿Cómo se puede hablar de freno en Estados Unidos si la vieja Europa, más superpoblada, no cesa de invertir y trabajar?

Más acertadas nos parecen las insinuaciones de otros autores; Stackelberg, Marchal y Guitton indican como causa de la inercia logística las imperfecciones que se introducen en los mecanismos y regímenes económicos de la producción y mercado: monopolios, nacionalizaciones, etc.

En particular recalca H. Guitton, siguiendo a A. Fisher, cómo el progreso social de la nueva «seguridad», de la «fiscalidad redistributiva», puede ser un freno al progreso económico.

Por nuestra parte, seguimos teniendo confianza en la inventiva humana, que continúa abriéndose paso por las vías del progreso. Junto a la literatura que se agobia con los problemas de la «madurez» y «estancamiento» cabe colocar la que exalta los valores de la «nueva era» del automatismo y de la energía atómica.

Manuel PERNAUT ARDANAZ, S. J.,
de la Universidad de Caracas

